

HISTORIA DE JAPÓN | PERIODOS NARA, HEIAN Y KAMAKURA

Introducción

¿Qué tal estás? Bienvenido a este vídeo donde vamos a continuar nuestro repaso a la Historia de Japón. Si en el anterior abordábamos la era Jōmon y las culturas Kofun, Asuka y Hakuho, en este vamos a centrar nuestra atención en los periodos Nara, Heian y Kamakura ¡Comenzamos!

El periodo Nara

En torno al año 710, con el traslado de la capital del reino a la antigua ciudad de Heijō-kyō, en la actual prefectura de Nara, dio comienzo el periodo Nara. Este se caracterizó, fundamentalmente, por la notable influencia del sistema burocrático de los Tang. De hecho, la nueva capital fue construida siguiendo el modelo de la ciudad china de Chang'an. Además, en la corte imperial también comenzaron a elaborarse crónicas siguiendo la costumbre de sus vecinos continentales. El Kojiki y el Nihonshoki, del 712 y 720 respectivamente, fueron los primeros registros históricos de importancia. Por último, la aplicación del confucianismo a las cuestiones de gobierno fue, sin lugar a dudas, otro de los elementos donde se dejó notar la influencia de China.

Ahora bien, la aplicación del modelo de los Tang no garantizó la estabilidad en una corte cada vez más dividida. Durante los años que duró el periodo Nara, los emperadores oscilaron entre el apoyo a la política del clan Fujiwara y la creciente influencia del clero budista. La rivalidad entre esas dos facciones se inició bajo el gobierno de Shōmu, llegando a su momento culmen con su fallecimiento y la entronización de la emperatriz Kōken en el 749. Desde entonces, y hasta su abdicación en la persona de su hijo Junnin nueve años después, esta favoreció enormemente a los monjes, cuya cabeza visible era Dōkyō. Es más, aún bajo el gobierno de su hijo, el poder de Kōken y del budismo en la corte superaba con creces al del propio emperador. Con el objetivo de poder fin a esa situación el clan Fujiwara y el propio Junnin trataron de dar un golpe de Estado en el año 764. Sin embargo, no consiguieron llevar a buen puerto su empresa, por lo que Fujiwara no Nakamaro, líder de ese clan, fue ejecutado. Por su parte, el emperador se vio obligado a renunciar al poder, de tal modo que Kōken fue entronizada nuevamente, esta vez con el nombre de Shōtoku.

En los años que siguieron a la conspiración de los Fujiwara, el poder del clero budista continuó aumentando gracias al apoyo de la emperatriz. Es más, en un momento dado Dōkyō llegó a ser proclamado su heredero. No obstante, el inesperado fallecimiento de Kōken como consecuencia de la viruela, frustró sus planes. En el año 770, un descendiente del rey Tenji, del que hablamos en el vídeo dedicado al periodo Hakuho, se hizo coronar emperador con el nombre de Kōnin. Una de sus primeras medidas fue expulsar a los budistas de la corte, al tiempo que obligaba a Dōkyō a exiliarse. Una década después, con el fin de romper definitivamente los puentes existentes entre la religión de Buda y la familia

imperial, su sucesor Kanmu abandonaba Heijō-kyō a causa de los numerosos templos budistas que albergaba, situando la capital en Nagaoka-kyō. Finalmente, en el año 794, la corte imperial se trasladó a Heian-kyō, la actual Kioto, dando comienzo así el periodo Heian.

El periodo Heian

La muerte del emperador Kanmu, acaecida en el 806, marcó también el fin de la influencia de la China Tang en Japón. Los rígidos sistemas burocráticos, manifestados fundamentalmente en los códigos Taika y Taihō, fueron abandonándose progresivamente para dar lugar a un sistema de organización menos influenciado por el modelo continental. Esto se vio favorecido, además, por la unificación de Corea bajo el reino Silla y la ruptura de relaciones de la corte japonesa con los Tang en el 838. En ese contexto cambiante, el clan Fujiwara supo aprovechar el alejamiento de la influencia budista para acaparar los principales cargos de la corte. De hecho, entre finales del siglo X y mediados del XI, fueron los verdaderos gobernantes de Japón, pues obligaban a los emperadores a abdicar y aceptar su regencia.

Ahora bien, el debilitamiento del poder imperial en la corte se fue trasladando progresivamente a las provincias. Las sucesivas plagas y hambrunas sufridas por el reino a lo largo del siglo IX, llevaron al estallido de numerosas revueltas y disturbios. De esta manera, con el fin de controlarlos, los emperadores decidieron otorgar amplios poderes a los gobernadores locales, quienes adquirieron la facultad de reclutar ejércitos. En principio parecía una medida acertada, sin embargo, la progresiva acumulación de poder por parte de estos personajes, iba a poner a prueba los cimientos de la política japonesa a lo largo de la siguiente centuria. El primero de ellos en probar fortuna fue Taira no Masakado, quien en el año 935 inició una rebelión y se autoproclamó emperador. Si bien fue ejecutado cinco años después, tras ser derrotado por las tropas imperiales, los altos cargos locales percibieron este episodio como un síntoma de debilidad más por parte del poder central.

En los años que siguieron a la revuelta de Taira no Masakado, los contingentes armados que no dependían del emperador continuaron aumentando. Incluso el clan que realmente ejercía el poder, los Fujiwara, contaban con un pequeño ejército que custodiaba sus propiedades. A esto se añade la existencia de monjes budistas armados, los sōhei, y de samuráis liderados por la aristocracia local. En ese contexto hemos de situar el estallido de la Guerra Zenkunen, que se prolongó del 1051 al 1062. En el origen de este conflicto estuvo la negativa de Yoritoki, miembro del clan Abe, a enviar a la corte imperial los impuestos recaudados en los distritos que gobernaba.

Ahora bien, en medio de la crisis económica y las disputas entre los clanes más poderosos de Japón –Fujiwara, Taira y Minamoto-, el emperador Go-Sanjō logró recuperar buena parte del poder perdido por sus antepasados en las décadas anteriores. Entre los años 1068 y 1073, este gobernante logró apartar del trono la influencia de los Fujiwara, limitó además las competencias de los gobiernos locales y provinciales, e inició una serie de reformas orientadas a poner orden en la

economía. Las medidas surtieron efecto inmediato, pero no evitaron que bajo el gobierno de su sucesor estallara un nuevo conflicto armado entre los clanes. Nos estamos refiriendo a la Guerra Gosannen, en la que se enfrentaron los Minamoto y los Kiroyowara entre los años 1083 y 1086. La victoria de los primeros acrecentó su rivalidad con los Taira, llegando finalmente a estallar un conflicto entre ambos en el 1156. Este episodio se conoce con el nombre de Rebelión Hōgen, y ha de enmarcarse en un contexto caracterizado por una nueva crisis del poder imperial y la decadencia del tercer clan en discordia, los Fujiwara. Pero volvamos a la rivalidad entre los Minamoto y los Taira, que por aquel entonces eran los que realmente controlaban Japón. Después del enfrentamiento del 1156, volvió a estallar una guerra entre ellos tres años después. La Rebelión Heiji, nombre dado a ese conflicto, finalizó con la victoria Taira y la casi total aniquilación de sus rivales.

Unos años después, el emperador reconocía la situación real del reino otorgando a Taira no Kiyomori el título de Daijō Daijin, que viene a significar algo así como “Gran Ministro”. Sin embargo, en 1177, con el fin de liberarse de la tutela de ese clan, planeó un golpe de Estado. Su fracaso le obligó a exiliarse, dejando todo el poder en manos del clan Taira. De esta forma, tres años después Kiyomori nombró emperador a su propio nieto, quien tomó el nombre de Antoku. Esa entronización llevó a la unión de buena parte de los clanes en su contra, iniciándose así una serie de guerras civiles que conocemos como las Genpei. Las primeras rebeliones contra el nuevo emperador las protagonizaron dos miembros del debilitado clan Minamoto. Los Taira no tuvieron demasiadas dificultades para hacer frente a esa amenaza y destruirla. En el contexto de las Guerras Genpei, se inició una nueva revuelta en el año 1183, encabezada en esta ocasión por Minamoto no Yoshinaka. Aunque este obtuvo la victoria sobre las tropas imperiales en la batalla de Kurikara, fue derrotado finalmente en Uji, siendo capturado y ejecutado pocos días después. El último y definitivo episodio de esta serie de conflictos se desarrolló entre 1184 y 1189. De nuevo uno de los Minamoto, Yoritomo, se levantó contra los emperadores Taira desde su base en Kamakura. Con el fin de derrotarlos, envió a su hermano Yoshitsune, quien obtuvo una victoria definitiva en la batalla de Dan no Ura. Fue entonces cuando se inició un enfrentamiento entre los dos miembros del clan Minamoto. Consciente de que su ascenso al poder no sería completo sin la eliminación de Yoshitsune, pues había adquirido gran prestigio militar en su campaña, Yoritomo se enfrentó a él en Koromogawa. Su victoria puso fin a las Guerras Genpei, abriendo las puertas a un nuevo periodo de la historia de Japón: la era Kamakura.

El periodo Kamakura

Precisamente con Yoritomo se instituyó el shogunato permanente, una institución que duraría en Japón casi siete siglos. El título de shōgun, que adoptó para sí mismo en 1192, había sido hasta la fecha un cargo de carácter temporal asociado al alto mando militar. Sin embargo, el nuevo emperador lo mantuvo durante todo su mandato y lo adaptó a las nuevas circunstancias: de ahí en adelante el shōgun pasaba a ser una figura meramente representativa, quedando las decisiones políticas y económicas en manos de los samuráis. Además, abandonó la capital y estableció su residencia en Kamakura, de ahí el nombre del periodo al que nos estamos refiriendo.

Ahora bien, como veremos a continuación el shogunato tampoco terminó por garantizar la paz en Japón. A la muerte de Yoritomo, su viuda Masako, del clan Hōjō estableció un sistema sucesorio que le permitía controlar los resortes del poder. Ante la falta de descendientes Minamoto, fue nombrando a niños para ocupar el cargo de shōgun y relevándolos antes de cumplir la veintena. De esta manera, ella y su clan controlaban realmente el gobierno del reino. Esta situación fue denunciada por el antiguo emperador, Go-Toba, quien regresó de su exilio y se enfrentó a los Hōjō en la Guerra Jōkyū. Este conflicto, que se prolongó de 1219 a 1221, terminó con la victoria del shōgun en una nueva batalla de Uji, la vuelta al exilio del emperador y un mayor control de la situación por parte de los samuráis. En esos años también se redactó un importante código legal, conocido como Goseibai Shikimoku. En este documento, fechado en 1232, quedaron plasmadas las costumbres militares de los samuráis, que se mantuvieron vigentes hasta el siglo XIX.

El último aspecto a destacar del periodo Kamakura está relacionado con las conquistas de los mongoles y el establecimiento de la dinastía Yuan por parte de Kublai Khan, nieto de Gengis Khan. El nuevo emperador de china organizó dos campañas para invadir la isla, si bien ambas resultaron un fracaso. La primera tuvo lugar en 1274 con el desembarco del contingente chino-mongol en Hakata. En esa ocasión, la suerte se alió con los samuráis, pues se libraron de una derrota casi segura gracias a la tormenta que obligó a la flota enemiga a regresar a la península de Corea. El segundo intento se produjo en el año 1281, con un resultado muy similar. Si bien en esta ocasión los japoneses ya sabían a que se enfrentaban –y por ese motivo pusieron especial empeño en no dejar desembarcar a la caballería de los mongoles-, un tifón fue decisivo para obtener la victoria final. Con buena parte de la flota destruida, el ejército de la dinastía Yuan se retiró al continente, terminando así con la política expansionista de Kublai Khan.